

Una nariz voladora

Nadie espera que una nariz le impacte de lleno en la nuca.

Como mucho, uno puede imaginar que si algún día le ocurre algo semejante, a la nariz en cuestión irá pegada un cuerpo entero. Por ejemplo, alguien va con prisas, corriendo que se las pela, dobla una esquina y, sin tiempo a esquivarte, se estampa contra ti, que ibas por ahí tan tranquilo. Primero te da con la nariz, vale, pero luego, con el resto del cuerpo. O un esquiador novato se lanza a la aventura por una ladera nevada antes de que el instructor haya tenido tiempo

de explicarle cómo se frena; tú estás tomándote un refresco en la cantina a pie de pista y de pronto cae sobre ti el esquiador a una velocidad endiablada. Primero la nariz, de acuerdo, pero luego el resto del cuerpo.

Al pobre de Telmo le golpeó una nariz sola. Sin cuerpo añadido. Una nariz voladora. Una nariz que parecía una pedrada. Con mocos.

Amber, que se sentaba justo detrás de él en clase, estaba resfriada y no paraba de estornudar. Y como estaba hecha de piezas intercambiables, cuando el estornudo era de los fuertes, si no tenía cuidado, le salía disparada la nariz. Y, si le daba tiempo a sujetársela con la mano y el pañuelo..., pues a veces la solución era peor que el problema, porque, si la nariz se mantenía en su sitio, la presión del estornudo se quedaba dentro de su cabeza... y por algún sitio tenía que salir. Podía salir disparada una oreja, o incluso las dos, o sus bonitos ojos azules. ¡Ojazo va! ¡Oreja viene!

En un momento dado, mientras doña Isabel apuntaba en la pizarra la solución a un problema de divisiones, la oreja izquierda de Amber llegó volando en una parábola magnífica hasta el encerado.

—¡Es para oírla mejor, doña Isabel! —exclamó Tarsio, entre risotadas.

Poco después fue un ojo, también el izquierdo, que se salió de su órbita y cayó rodando por el suelo. Jimmy se apresuró a recogerlo y empezó a hacerle mimos y carantoñas. El bueno de Jimmy seguía perdidamente enamorado de Amber.

—¡Devuélveme ahora mismo mi ojo, Huesos!

—¡Eh, parece una canica! —dijo Tarsio—. En el recreo me lo dejas, Amber, para jugar al gua.

—Silencio, chicos, ya está bien —ordenó doña Isabel.

Pero cuando la nariz, impregnada de mocos, le dio en la nuca a Telmo, la paciencia de la profesora se terminó.

—Lo lamento mucho, Amber —dijo—, pero así no podemos dar clase. Lo mejor es que te vayas a casa y descanses. Ese resfriado se te cura durmiendo y bebiendo limonada caliente.

Jimmy el Guapo levantó su mano como si tuviera un resorte.

—¿Sí, Jimmy?

—¿La acompaño, profe? No es bueno que vaya sola si está enferma.

Doña Isabel frunció el ceño y miró su reloj.

–¿Están tus padres en casa, Amber?

–Mi madre sí, pero no tiene coche para venir a buscarme. Está en el taller.

–Está bien, alguien debería acompañarte.

Jimmy se puso en pie y empezó a recoger sus cosas, pensando ya en su primer paseo romántico



con Amber, ambos de la mano... Que ella fuese sin nariz no tenía mayor importancia.

–Pero tú no, Jimmy –dijo entonces doña Isabel–. Mejor que la acompañe Tarsio, porque son vecinos. Luego no tienes que volver al cole, Tarsio. Yo le explicaré al director que te he dado permiso para ausentarte.

–¡Pero... pero...! –trató de protestar Jimmy.

–Pero nada, Jimmy. Muchas gracias por presentarte voluntario, pero prefiero que vaya Tarsio, que vive al lado. A ti te pilla muy lejos.

–Eso no me importa.

–A mí sí. –Doña Isabel dio el tema por zanjado y se volvió hacia Amber y Tarsio–: Recoged y marchaos. Amber, haz el favor de coger esa nariz y limpiarla un poco.

Jimmy volvió a sentarse con cara de pocos amigos y miró desolado cómo los otros dos salían de la clase y cerraban la puerta.

Desde el pasillo les llegó el retumbar de un nuevo estornudo y la exclamación de Tarsio:

–¡Canasta! ¡Has encestado el ojo en la papelera! Oye, una pregunta: ¿sigues viendo mientras tu ojo va por ahí volando?

–¡Oh, cállate!